

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	21
Una literatura política y beligerante	21
Estudios clave	46
Génesis y plan del libro	50
Nomenclatura y citas	55

PARTE I

MARCOS PARA EL COLONIALISMO ESPAÑOL DE ÁFRICA

CAPÍTULO 1. La guerra, el discurso colonialista y el sueño de África	61
Apuntes históricos y geográficos sobre la Guerra de África	61
Los dos ejércitos y su variopinto contingente	66
Redimidos y condenados	73
Los Tercios Vascongados, los Voluntarios Catalanes y los Moros Mogataces	75
El teatro de operaciones, combates y batallas	84
El discurso colonialista y el modelo paradigmático de Rafael del Castillo	87
La perspectiva marroquí sobre la Guerra de África	107
La atracción de África y el africanismo español	122
CAPÍTULO 2. Marcadores visuales y discursivos de la alteridad	131
Una guerra muy mediatizada e ilustrada	131
Imágenes para la guerra	135
La <i>Fantasia árabe</i> , Marià Fortuny: un ritual bélico orientalista	135
Tropos, tópicos y mitos de la Guerra de África	141
Tres figuras iconográficas: una alegoría, un aleluya y un espectro (el del rey don Sebastián)	146

El <i>enemigo</i> y el <i>Otro</i> : enemistad secular y extravagancias de la alteridad	161
Judíos y judías como enemigos religiosos y anfitriones hospitalarios	170
Renegados: las fronteras líquidas de la otredad.	202
 CAPÍTULO 3. Guerra y género	 225
Masculinidades bélicas: el <i>soldado español</i>	225
Cantineras.	239
Odaliscas de un harén imaginado	258

PARTE II

MOLDES PARA ESCRIBIR LA GUERRA

 CAPÍTULO 1. La guerra en verso: retórica triunfalista al servicio de la nación y usos conmemorativos	 273
El mito de la España heroica y el mito caballeresco	273
El <i>Romancero de la Guerra de África</i> , marqués de Molins: orden de la reina	277
Otros romanceros en clave popular: el dolor de la guerra y la invocación a la paz.	289
<i>África y España</i> , Faustina Sáez de Melgar y <i>Guerra de África</i> , Eusebio Asquerino: versos de arte mayor.	296
<i>La Atlántida</i> , Miguel Blanco Herrero y <i>La Nueva Guerra Púnica o España en Marruecos</i> , Joaquín José Cervino: dos modelos de patriotismo para un reñido certamen poético	301
 CAPÍTULO 2. La guerra en jornadas. Los correspondales de guerra	 313
Las crónicas-dietarios.	313
<i>Diario de un testigo de la Guerra de África</i> , Pedro de Alarcón: la voz oficial y la embriaguez poética de la guerra.	319
El <i>Diario de la Guerra de África</i> , Félix González Ruesgas. Un dietario etnográfico con una historia personal fantástica.	333
<i>Bajo la tienda, 1859 y 1860</i> , José Gutiérrez Maturana: escribir contra el deterioro del tiempo.	341
<i>Jornadas de gloria</i> , Víctor Balaguer: el recopilador de testimonios de primera mano	353

CAPÍTULO 3. Testimonios y representaciones literarias de prisioneros de guerra	363
Penados y prisioneros de guerra	363
Historias de cautiverios: parámetros.	370
<i>Relación histórica de un prisionero de la Guerra de África</i> , Francisco Cerezo: de penado en Ceuta a prisionero de guerra	375
<i>Un prisionero en el Riff. Memorias del ayudante Álvarez</i> , Manuel Juan Diana: memorias de un cautiverio ajeno	384
<i>El presidiario de Ceuta</i> , Antonio Altadill: la denuncia de los correccionales norafricanos a escena	394
CAPÍTULO 4. Episodios bélicos para cuestionar las fantasías coloniales	403
El <i>episodio</i> como modalidad literaria decimonónica.	403
<i>Episodios africanos</i> , Nicolás Estévez: un viaje anticolonial y sideral a la África futura desde la periferia isleña	409
<i>Episodios militares</i> , Antonio Ros de Olano: la guerra como signo de impiedad contra el mundo árabe.	420
<i>Episodios militares del Ejército de África</i> , Dionisio Monedero Ordoñez: una agenda política narrada desde la discapacidad	438
<i>Aita Tettauen</i> (Episodio nacional), Benito Pérez Galdós: voces en combate	449
CAPÍTULO 5. Cuadros de costumbres: entre medallas anda el juego	463
El cuadro de costumbres y la iconografía de la nación como <i>mater dolorosa</i>	463
<i>Deudas pagadas</i> , Fernán Caballero: la economía de la guerra desde el frente doméstico.	470
<i>Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen</i> , Fernán Caballero: un escapulario por una medalla	477
CAPÍTULO 6. Novelando por entregas la Guerra de África	483
Los excesos de las novelas de folletín y las deficiencias del orientalismo	483
<i>El honor de España</i> , Rafael del Castillo: una novela con un problema de identidad y con la venganza como motor	497
<i>La cruz y la media luna o La Guerra de África</i> , Antonio Cubero: el dilema patrio de un renegado romántico	517
<i>Rodrigo y Zelima o la toma de Tetuán</i> , Antonio Redondo: la fantasía de subyugar la alteridad norafricana.	538

CAPÍTULO 7. Memorias de guerra: cómo hacer eventos mundanos memorables . . .	543
La porosidad de la memoria de guerra	543
<i>Recuerdos de la campaña de África</i> , Gaspar Núñez de Arce: un bálsamo para el trauma de la muerte	546
<i>La campaña de Marruecos. Memorias de un médico militar</i> . Nicasio Landa: los cuerpos lacerados como el envés de las medallas militares	560
<i>Desde Vad-Ras a Sevilla. Acuarelas de la campaña de África</i> . José Navarrete: un memorialismo viajero sin triunfalismos	568
<i>Recuerdos de la Guerra de África. Bajo la tienda</i> . Charles Yriarte: el lado pintoresco de la guerra	586
CAPÍTULO 8. El teatro lírico y la campaña de África: una misión civilizadora frustrada	599
El concepto militar del <i>teatro de la guerra</i> , con música	599
Disonancias musicales e ideológicas en escena	605
<i>¡El estandarte español a las costas africanas!</i> , Juan de Alba y Pedro Yago: frenesí patriótico con voces disonantes	614
<i>El grito español</i> , Ramón Franquelo y Eduardo Otón: la guerra como un duelo entre dos hombres por una mujer	618
<i>Los cazadores en África</i> , Feliciano López y Miguel Galiana: una trama rocambolesca que redefine el coraje militar	620
<i>La toma de Tetuán</i> , Juan de Alba y Carlos Llorens y Robles: la ridiculización de ambos bandos	623
CAPÍTULO 9. El drama heroico de la Guerra de África	631
Dos casos dramáticos excepcionales	631
<i>El héroe de Anghera</i> , Miguel Ayllón y Altolaguirre: un homenaje conmemorativo	635
<i>La guerra de África</i> , Francisco Clarissó y Fernando Serrat y Weyler: un drama bilingüe sobre los Voluntarios Catalanes	647
CODA. Relevancia actual de la Guerra de África y su legado escritural	659
Fuentes y bibliografía	679
Índice onomástico	723

INTRODUCCIÓN

La Historia avanza como un tanque y cada presente reclama sus testigos, sus intérpretes, sus cronistas.

Jorge Carrión, *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*.

UNA LITERATURA POLÍTICA Y BELIGERANTE

La mal llamada Guerra de África, ya que España no se enfrentaba a todo un continente, sino al norte de Marruecos, también se conoce por otros nombres, la Primera Guerra de Marruecos o Guerra Hispano-Marroquí¹, pero mantendremos el de Guerra de África por ser el preponderante en su literatura. Supuso uno de los acontecimientos más convulsos del belicoso siglo XIX español, flanqueado por la Guerra de la Independencia (1808-1814) y la Guerra de Cuba (1898) y salteado por las Guerras Carlistas. España debuta en la arena colonialista norteafricana con la Guerra de África, que se declara formalmente el 22 de octubre de 1859, si bien los incidentes fronterizos en Ceuta y Melilla se remontan a agosto de 1859, y termina seis meses después, el 26 de abril de 1860 con el Tratado de Wad-Ras. La Guerra de África se envolvió en una retórica persuasiva y una propaganda que el gobierno español lanzó para reafirmar su débil justificación para catapultar una guerra que desviaba la atención de los problemas internos de la nación y su desplazamiento a la segunda división de las potencias europeas. El sistema liberal se tambaleaba con Isabel II, una reina inepta para el gobierno y difamada por su vida licenciosa, la corrupción, los vertiginosos cambios de gabinetes, los ataques carlistas, los alzamientos y los continuos pronun-

¹ La Guerra de África empezó llamándose la Guerra del Rif, pero los africanistas españoles optaron por darle al nombre una dimensión continental, sugiriendo con ello su aspiración a reinsertar a España como potencia en el concierto mundial. Los estudios marroquíes suelen referirse a este conflicto militar como la Guerra de Tetuán o la Guerra Hispano-marroquí, mientras que los franceses y los anglosajones prefieren la Campaña de Marruecos.

ciamientos (cfr. Collado Fernández). España necesitaba, a su vez, restaurar la confianza nacional en el ejército, recuperar su dilapidado peso político entre las naciones europeas, sobre todo Francia e Inglaterra (cfr. Inarejos Muñoz), y disipar las preocupaciones sobre el mermado capital de la nación. La campaña propagandística de la reina Isabel II y el presidente del gobierno Leopoldo O'Donnell avivaron el patriotismo de los españoles dirigiendo la tormenta nacional al territorio marroquí. ¿Logró esta retórica convencer a los españoles de 1859-1860 de que España podía recuperar un papel político de importancia a nivel internacional? Según Núñez Seixas, a pesar de la “débil nacionalización” o difusión social de pertenencia a una nación política por parte del Estado español, la Guerra de África “logró concitar y conciliar entusiasmo patriótico en las élites y los sectores populares por igual, y en todos los territorios peninsulares, incluyendo Cataluña” (30-31, 35-36). Álvarez Junco coincide en que el enemigo exterior consiguió aglutinar a la población, como parte de una política expansionista colonial o “política de prestigio” (510) y García Balañà confirma la exaltación popular (55), independientemente de la ideología política. El partido gubernamental, la Unión Liberal, encabezado por O'Donnell, contó sin duda con el apoyo popular, si bien la adhesión de la opinión pública no estuvo exenta de detractores en esta apoteosis nacionalista. Es más, la retórica gubernamental no consiguió estimular el renacimiento de la nación ni llevarse gran tajada en el reparto europeo de África. Paulatinamente, serán menos los escritores que ven este conflicto a través de la exaltación de la guerra.

En 1859-1860 se produce una auténtica eclosión editorial, de la que el *Diario de un testigo de la Guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón es sin duda uno de los textos mejor conocidos en los que se asienta el africanismo colonialista español, si bien debemos verlo como la punta del iceberg. La producción literaria del siglo XIX apenas registra en su canon la retórica imperial y la dinámica colonial sobre la que se sostenía el disminuido imperio español, que a mediados del siglo aún contaba, no obstante, con colonias ultramarinas en América, África y Asia: Cuba, Puerto Rico, Filipinas, las islas Carolinas y Marianas, Ceuta, Melilla, Canarias, Río Muni y Fernando Poo. ¿Por qué ha quedado sumido en el olvido el legado de la España imperial del siglo XIX? ¿Qué fue de la literatura de la Guerra de África en el contexto de la política expansionista colonial? Dada esta opacidad, ¿cuál fue su calado en el

imaginario político y cultural español? ¿Dejó sedimento alguno en la memoria de los españoles? Escribir es dejar un rastro, pero en el caso de la Guerra de África ese rastro sigue mayormente oculto, pues no se logró preservar la memoria de la materia colonial española. Considero que ese caudal literario, que ofrece enorme potencial para el análisis crítico, requiere reconocimiento y mayor visibilidad.

Los críticos aluden con frecuencia a que, salvo Alarcón y algún otro escritor de renombre como Núñez de Arce y posteriormente Galdós, la tónica general de la literatura en torno a la Guerra de África fue de “una gran mediocridad” (Herrero García 2021, 273) y suelen meter en un mismo saco a autores muy dispares tan solo por compartir el ensalzamiento patriótico, la denigración del marroquí y el talante colonialista de sus escritos. No obstante, el estudio de cómo se escribió esta guerra sin atender exclusivamente a qué autores se ganaron un hueco en el canon de la historia literaria nos depara insospechadas revelaciones en el imaginario cultural y la memoria histórica colectiva. La guerra vista como un objeto del discurso es imprescindible para entender la ideología de Occidente y es apasionante ver qué imaginaria forjó España de su país vecino, Marruecos, en torno a su enemistad militar y su otredad cultural. Este estudio pretende recuperar las heterogéneas manifestaciones literarias sobre la Guerra de África, que en su día se vio como una gran epopeya y que ocupó un lugar central en el imaginario político, cultural y literario de la nación española. Muchas de estas voces han quedado sumidas en un silencio injustificable. De hecho, en ocasiones, las voces provenientes de escritores de escasa notoriedad contribuyen más al problema literario de escribir la guerra que las de autores de más renombre. Sin estas voces, individuales y colectivas, resultaría difícil entender cómo el pensamiento colonialista se ha perpetuado en la situación postcolonial contemporánea. La Guerra de África de 1859-1860 es el fulcro que definirá las relaciones entre los países vecinos a través de iteraciones bélicas: la Guerra de Melilla², las Guerras del Rif, la Guerra Civil y la dictadura franquista, la Guerra de Ifni y el conflicto armado en el islote Leila (Perejil), que corrió el riesgo de convertirse en una guerra. Este estudio se enfoca primordialmente en el

² Sobre los errores políticos y diplomáticos que hicieron que las campañas de Marruecos se cerraran en falso, véase Rodríguez González.

problema de escribir la guerra y cómo la literatura de la Guerra de África de 1859-1860 se sintió y se conceptualizó en su momento, proporcionando, a la vez, alguna medida de las consecuencias del fracaso que —paradójicamente— supuso aquel triunfo militar.

El punto de vista nacional en la Guerra de África de 1859-1860 es el que era favorable al colonialismo europeo³, aunque no se fundamentaba en un modelo colonizador adecuado, viable o siquiera justificable. Esta operación colonial se basaba sobre todo en la intervención militar, que resultó en el rendimiento de la ciudad de Tetuán; una victoria militar para España, mas sin ganancias políticas o territoriales tangibles y con escaso beneficio económico⁴. Los gastos y las reparaciones de guerra no fueron compensados enteramente por Marruecos y el costo humano fue inmenso, causado en su mayor parte por los estragos del cólera, catástrofe sanitaria que supuso aproximadamente el 70% de los muertos en campaña⁵. Los sueños de O'Donnell y de los mismos españoles sobre una rápida victoria en Marruecos (una *guerra grande*) quedaron reducidos a una *paz chica*, balance que, no obstante, la clase militar celebró como una gloriosa victoria (cfr. Pedraz Marcos, 2000, 52). “Página, sin duda, la más brillante que registra el reinado de Isabel II, fue la campaña de África (1859-60)”, comenta Barado en *Nuestros soldados* (124) cincuenta años después de la guerra. Pese a todo, la campaña de África no ayudó al tumultuoso reinado de Isabel II, apodada por Galdós “La reina de los tristes destinos”, destronada y exiliada en París, donde fallece en 1904. La

³ El estudio de Fieldhouse, *The Colonial Empires* (ca. 1966), caracteriza el período entre 1883 y 1914 como una fase de reparto y ocupación efectiva del mundo por las grandes potencias europeas, contexto histórico en el que hemos de entender la cuestión marroquí desde la mirada finisecular y la oleada imperialista que entonces alcanzó a Marruecos. Para el repartimiento de colonias, protectorados o zonas de influencia europea en África hacia finales del siglo XIX y su trasfondo histórico, véase *Quimeras de África*, de Pedraz Marcos, en particular “La acción colonial de España entre 1883 y 1886, en el marco de la expansión europea”, 259-368.

⁴ Por el tratado de paz, España amplía los límites de Ceuta y Melilla, y Marruecos acepta organizar una fuerza regular que castigara los actos hostiles de las cabilas, se concede un establecimiento pesquero en el Atlántico en Ifni y una indemnización de millones de reales por los gastos de guerra, que solo se pagaron en parte. España conservó Tetuán, pero luego se trocó para poder recaudar la indemnización y la plaza fue evacuada en 1862. La *guerra grande* alude a las 10.000 bajas españolas en el Ejército Expedicionario, de unos 50.000 hombres.

⁵ Véanse Serrallonga Urquidi (“La guerra de África” 157) y Miguel Ángel Ferreiro (s. p.).

victoria militar tampoco elevó el estatus de España de cara a las potencias europeas, pues el modesto dominio colonial español sobre parte de Marruecos lo tutelaban británicos y franceses, que acotaron las ambiciones de Madrid después de la victoria en Tetuán en 1860. La literatura de la Guerra de África acusa un desinflamiento interno paralelo: junto con los ánimos exaltados que gritaban ¡guerra!, descubrimos penosos testimonios de prisioneros de guerra que restan brillo al triunfo militar; críticas al gobierno debidas a la deficiente infraestructura bélica; contactos con renegados, moros, judíos y africanos negros que revelan la añoranza de una afinidad con el mundo árabe y la compleja relación de los españoles con las distintas etnias; y serias dudas sobre la viabilidad de la colonización de un territorio y de una cultura que quienes participan en la guerra empiezan a sentir que son *inconquistables*.

¿Cuál fue el detonante de este conflicto en la era isabelina? Como es sabido, Marruecos y España comparten fronteras marítimas y terrestres: Ceuta, Melilla, Alhucemas, el peñón de Vélez de la Gomera y el de Alhucemas, debido a la larga historia del *archipiélago carcelario*⁶ que España estableció en el norte de África. Las disputas entre Marruecos y España sobre sus delimitaciones fronterizas eran frecuentes y en 1859 ambos países firmaron un tratado diplomático que afectaba a Melilla, Alhucemas y Vélez de la Gomera, pero no a Ceuta⁷. La controversia sobre la delimitación de Ceuta fue el catalítico pasivo que dio lugar a los incidentes que condujeron a la Guerra de África. Marruecos vio las nuevas fortificaciones emprendidas por España como una provocación, especialmente a la luz del reciente acuerdo. La destrucción por parte de las cabilas o tribus rifeñas de los límites territoriales en la plaza militar de Ceuta sirvió a los españoles como justificación para una intervención militar con una singular concepción de la guerra: una cuestión de *honor* que requería satisfacción. La expedición militar a Marruecos revela que España no quiso ver el asunto fronterizo como un conflicto vecinal. Se utilizó como una oportunidad para reverdecer las glorias de tiempos gloriosos para la nación española y unirse a lo que llamaron entonces la *epopeya colonial* de las naciones europeas en África, con lo que el patriotismo nacional se encaramó al colonialismo. Según Morales Lezcano, “la presencia francesa

⁶ Término adaptado de Foucault y utilizado por Vialette.

⁷ Sobre tratados y convenios referentes a Marruecos, véase Cagigas.

en el noroeste de África constituye el factor desencadenante del africanismo español” (*Historia de Marruecos* 20). De ahí que el incidente de las cabilas se esgrimiera como pretexto para llevar a cabo una misión *civilizadora* en África, promoviendo un discurso basado en la idea del progreso y de la civilización moderna que, según los tratadistas de la época, las propias guerras generan. Sin embargo, lo que esta guerra colonial mostraría a la larga es que, lejos de traer la modernidad a Marruecos, la retrasó. El Protectorado español que se instaura en 1912, “improvisado y carente de un proyecto claro” fue “un coletazo colonial tardío, impulsado por razones de política interna, el desmoronamiento del viejo imperio colonial de América, y la competencia europea por el reparto de África” (Mateo Dieste, *La “hermandad” hispano-marroquí* 28). La intervención española en el norte de África pretendía, según Mateo Dieste, “garantizar la seguridad y la ‘imagen’ de una España convertida ya en pequeña potencia dentro del sistema europeo heredado del Congreso de Viena y de los reajustes que aquél experimentó hasta 1870” (21).

A pesar del triunfo militar del ejército español y del discurso triunfalista que le acompaña, la Guerra de África apunta al desmoronamiento del colonialismo que España despliega en el siglo XIX, jalonado por la Guerra del Pacífico contra Perú y Chile en 1866, la Guerra de Cuba que se extiende una década (1868-1878) y el llamado Desastre de 1898, en el que España pierde sus últimas colonias: Cuba, Puerto Rico, las islas Filipinas y Guam. Una guerra prácticamente olvidada, la Guerra de África vuelve a abrir sus heridas mal cerradas en otra contienda contra Marruecos en 1893, la llamada Guerra de Melilla o Guerra de Margallo, y eventualmente dará paso a las sangrientas Guerras de Rif (1909-1927), el establecimiento del Protectorado en 1912 y su programa colonial⁸. El africanismo militar en Marruecos es, además, el emplazamiento ideológico desde el que el general Francisco Franco concibe el alzamiento contra la Segunda República, lo cual provocará el estallido de la Guerra Civil española (1936-1939), seguida de la dictadura franquista. En este sentido, la Guerra de África es la antesala de las Guerras de Rif y de la Guerra Civil, que los militares africanistas seguirán concibiendo como

⁸ Sobre el nacimiento del Protectorado español en Marruecos, véase López García (*Orientalismo e ideología colonial* 313-316). Sobre el Protectorado en sí, Hernández Mir (*La dictadura en Marruecos*).